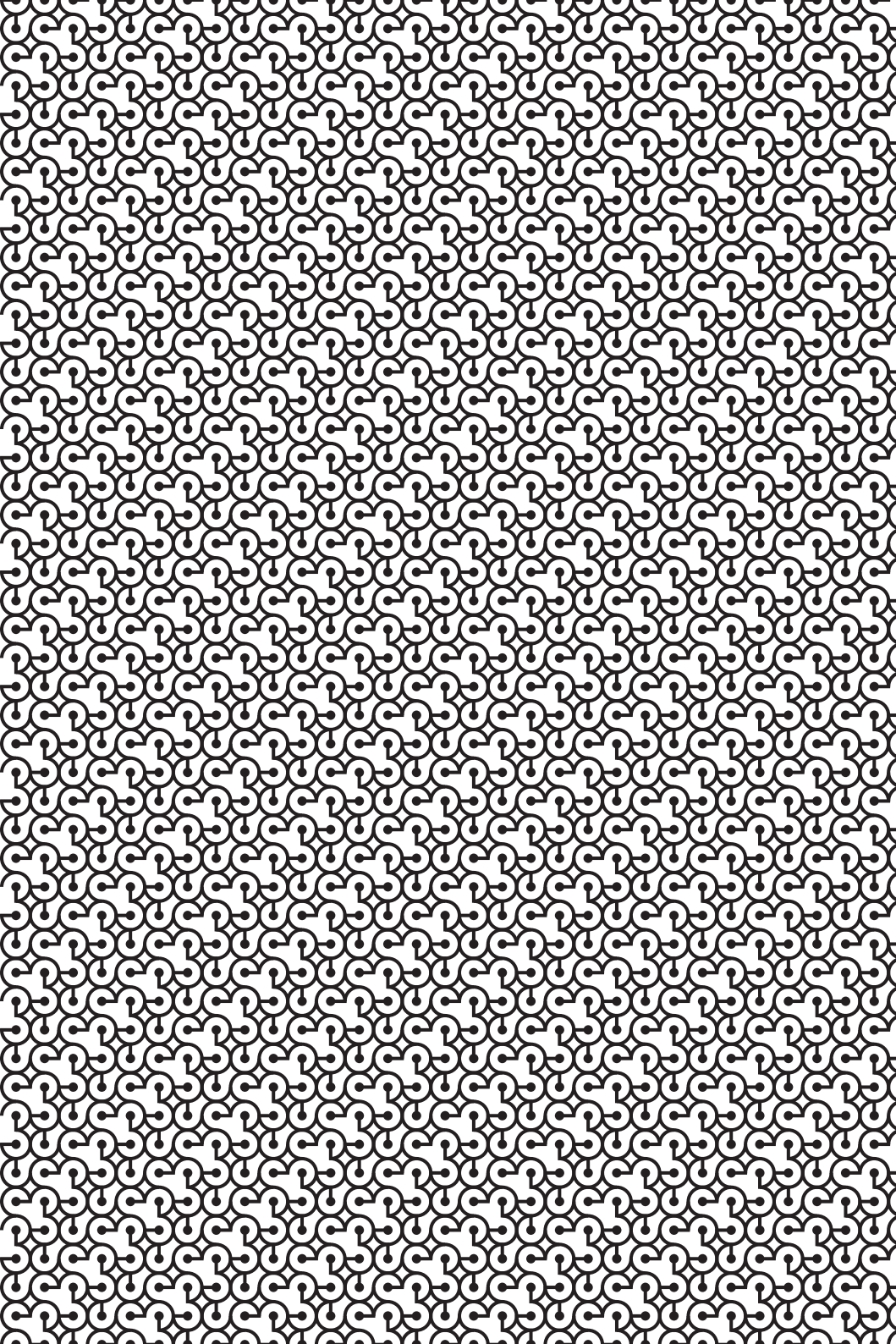
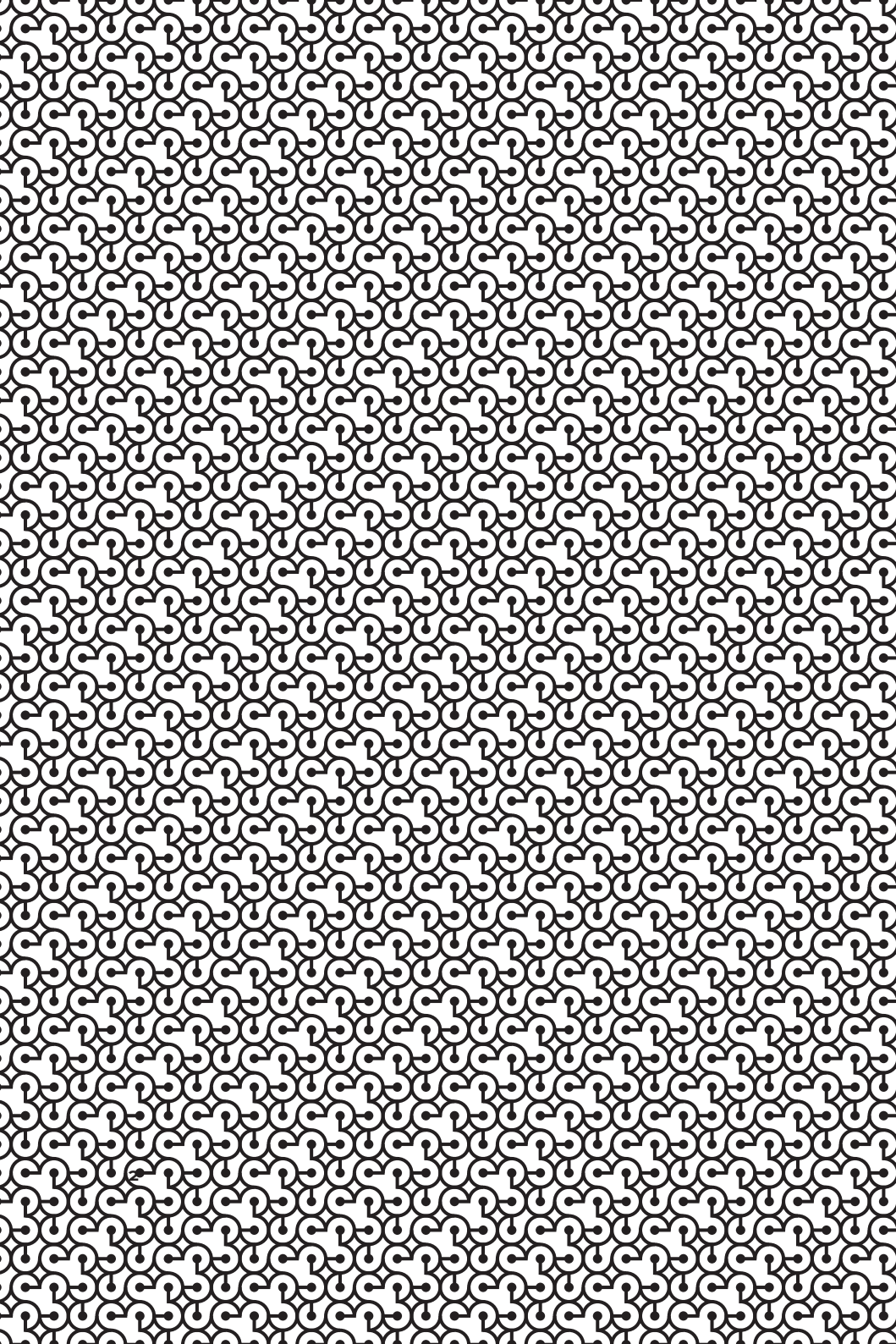






Tras las huellas de Greene



Carlos Villar Flor
Tras las huellas de Greene



menos**cuarto**

© Carlos Villar Flor
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2025

ISBN: 978-84-19964-42-7
Dep. legal: P-233/2025

Diseño de colección: Echeve
Imagen de cubierta: jaza
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S. L.
C/ Italia, 49
34004 PALENCIA (España)
Tfno.: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

*«... y al final de un largo viaje,
sin ser consciente del curso que había venido llevando,
me encontré (...) en esa región tragicómica de La Mancha
donde esperaba quedarme.»*

(Ways of Escape, GRAHAM GREENE)

PRELUDIO (VÍCTOR)

Ayer vislumbraba planes, proyectos, desafíos. Ahora solo le queda una certeza. No comprende cómo puede cambiar el horizonte de este modo aciago y radical, en cuestión de segundos.

Ayer se encontraba en Washington DC. Pasó la mañana en la sala de colecciones especiales de la biblioteca de la Universidad de Georgetown, e interrumpió la tarea a las doce en punto, como de costumbre. Convenía que le asociaran con rutinas. Reclamó el pasaporte a la bibliotecaria de nombre japonés, que vestía un ceñido suéter azul celeste, y abandonó el edificio Lauinger, de estilo brutalista y traza carcelaria. Al salir al exterior le cegó la luminosidad de un sol que presagiaba la inminente primavera. Atravesó la plaza frente al imponente Healy Hall y dirigió sus pasos hacia la cantina ubicada a varios bloques de distancia. Mientras caminaba entre los edificios del campus, contemplaba los tríos, parejas o unidades de estudiantes con los que se cruzaba, de todas las razas que pueblan el orbe: rubios de gimnasio y rubias *cheerleaders*, morenos oscuros y mestizos, mulatos y zambos, orientales con sus móviles, atletas

robustos o gimnastas estilizadas, muchas coca-colas y bottelines de agua mineral en las manos, algunos *shorts* preprimaverales aireando piernas, peludas o depiladas, con mayor o menor gracia. Se infiltraron por su imaginación fantásticas eróticas con algunas de las aspirantes a modelos que se cruzaba por el camino, pero entendía que en las horas que allí le quedaban no iría a mojar nada, y tampoco convenía complicar la misión. Sus dos semanas como investigador visitante en el Special Collections Center habían dado más fruto del previsto, había encontrado un documento decisivo que le abriría nuevos horizontes, y ya sabía cómo actuar. Esta noche no resultaba la más oportuna para salirse del guion, pues tendría que hacer el equipaje y partir de madrugada hacia el aeropuerto internacional Dulles. Su despedida de los Estados Unidos sería definitiva, lo sabía, pero el riesgo valía la pena.

Al entrar en la cantina echó un vistazo a la sala antes de optar por una de las tres colas: hamburguesas, *pizzas* o macroensaladas. Optó por la tercera, y al fin le atendió una chica voluminosa con bata y cofia blanquísimas. No entendía bien su acento, pero conservaba el hábito de pedir una ensalada César con salsa Worcester y estaba preparado para la batería de preguntas sobre los condimentos que tanto le había desconcertado la primera vez. Consideró que los norteamericanos son previsibles como nadie, y que este hecho le beneficiaba. Mientras consumía la ensalada en un bol de plástico, desde la mesita arrinconada, repasaba la estrategia de las próximas horas. Aún faltaba lo mejor. Un escalofrío de emoción le recorrió el espinazo.

Tras la pausa del almuerzo regresó a la biblioteca, enseñó de nuevo el pasaporte en el control, y la vigilante afroamericana apuntó por enésima vez en el registro la fecha de caducidad y su supuesta dirección y código postal en DC. La dama no hacía ademán de haberle solicitado los mismos datos tres veces al día, cada vez que volvía a ingresar en el edificio, durante las dos últimas semanas. Todo muy profesional y muy previsible. Ya en la sala de Special Collections regresó a su esquina habitual tras lavarse las manos con cierta ostentación. Se había empeñado en demostrarles que acataba al detalle sus absurdas normas, como la obsesiva higiene de manos, la utilización exclusiva de lápices o el permanente apoyo de los documentos sobre superficie plana. En la sala un bibliotecario de guardia vigilaba con descaro a los investigadores visitantes, tanto mediante su atenta mirada como monitorizando las cámaras enfocadas a sus espaldas. El control era tan intenso que no podía ser perfecto, pensaba Víctor. Un español avisado siempre se la puede clavar al yanqui atolondrado apegado al manual.

Abrió la caja 36 con cierta palpitación. Allí se albergaba el segundo volumen de los diarios de Leocadio Morán, sacerdote, profesor universitario y amigo íntimo de uno de los más célebres escritores ingleses de la segunda mitad del siglo XX, Graham Greene. Abrió el cuaderno por una página que conocía bien:

Graham no está satisfecho con ninguna de las biografías que se han escrito sobre él hasta la fe-

cha, y con apenas ninguno de los manuales de crítica literaria. Está claro que, para escribir una buena biografía, como Boswell, hay que haber vivido con el biografiado, haber pisado donde él pisó, haber respirado el mismo aire. Solo yo puedo escribir una biografía adecuada del gran amigo. Pero no lo haré nunca.

Lo cierto es que el padre Morán sí había acabado escribiendo una especie de biografía de Greene, comenzada apenas unos meses tras la muerte de este en 1991 y publicada en 1994. Su libro tuvo cierta repercusión, pero resultaba más bien una hagiografía edulcorada del ilustre amigo en la que hilaba crónicas desenfadadas del paso de Greene por tierras hispanas como huésped a su cuidado, sin aportar la menor crítica por su alcoholismo, de sobra conocido, su carácter endiablado o sus amoríos extraconyugales. En el prólogo del libro, Morán alegaba que se había basado en los diarios escritos en caliente durante sus andanzas con Greene por España y Portugal, pero a lo largo de estas dos semanas Víctor había comprobado que los diarios contenían mucha más información de la que Morán se había atrevido a revelar. Apenas nadie había analizado antes los cuadernos del padre Morán, perdidos entre una ingente cantidad de papeles anodinos que constituían el legado *greeneano* atesorado por el cura a lo largo de sus últimos años de vida, y que Georgetown University había comprado recientemente a sus herederos, quienes sin duda desconocían el contenido de los cajones del difunto.

Pero todo esto ya no importa. Al menos, a él. Ayer aún se encontraba en Washington DC. Hoy está en España, recién llegado al aeropuerto de Santander, portando un valioso objeto en su bolsa de mano que consiguió substraer oculto en los pliegues del abrigo. Intuye que no le queda tiempo. O quizá le vaya a sobrar, no está seguro, pero no parece algo deseable. Acaso le quede una eternidad de tiempo de penumbra por delante. O quizá nada, no lo sabe.

Lo único que sabe ahora, con absoluta certeza, es que dentro de unos segundos estará muerto.